

JØRN LIER HORST



El **MISTERIO** de la **SALAMANDRA**

Traducción de
Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano



Duomo ediciones

LOS PROTAGONISTAS

CECILIA GAATHE vive en la pensión La Perla con su padre, Alan W. Gaathe, el propietario y director del lugar. Su madre, Iselin Gaathe, se ahogó misteriosamente en la Bahía de los Veleros el verano pasado.

LEO BAST acaba de mudarse a la Bahía de los Veleros. Reside en la zona privada de la pensión junto a su madre, Rebekka, que acaba de comenzar como gerente de La Perla. Sus padres están divorciados. Su padre es periodista y vive en Dubái.

UNE FLAKER vive con sus padres y dos hermanos en una vieja casa de marineros al este de la Bahía de los Veleros. Siempre ha vivido allí. Su padre, Widar Flaker, es pescador, mientras que su madre es profesora en el colegio de la ciudad.

EGON es el perro de Une. Se llama Egon porque es muy egocéntrico y testarudo. Es un perro mestizo que le alcanza a uno hasta la rodilla, con el pelaje rizado y marrón. Se dice que es descendiente de un perro policía.

PENSIÓN LA PERLA

La Perla fue construida por el tatarabuelo de Cecilia hace más de cien años. En aquella época, los huéspedes llegaban al puerto de aguas profundas en barcos de vapor o a la ciudad en el ferrocarril y desde allí se desplazaban a caballo y en carro hasta la pensión. Durante la guerra, la propiedad fue confiscada por los alemanes, que la destinaron al alojamiento de oficiales. Más tarde, la pensión tuvo varios propietarios hasta que la madre y el padre de Cecilia la compraron de nuevo, la renovaron y empezaron a recibir huéspedes. Cecilia y su padre viven en la zona privada del primer piso de la pensión. Leo y su madre también viven allí. A una altura considerable, coronando la pensión, se alza la estancia de la torre.



ÍNDICE

1.	El hombre de la playa	13
2.	Huellas en la arena	21
3.	La salamandra	29
4.	El naufragio	35
5.	Nueve habitaciones	41
6.	Intrusos	51
7.	Dos hombres en un barco	56
8.	A escondidas	63
9.	Un huésped inesperado	68
10.	Zona prohibida	75
11.	Llegada a última hora	83
12.	Rojo ocaso	88
13.	Reina y jota de corazones	95
14.	La calma antes de la tormenta	101
15.	Concurso de preguntas	108
16.	En aguas profundas	114
17.	Se siente en el aire	122
18.	Noche de tormenta	129
19.	Hombre al agua	135
20.	Capturados	141
21.	Chocolate caliente con nata	149
22.	Un vestido sospechoso	154

«Solo sé que no sé nada.»

Sócrates, 470-399 a. C.

CAPÍTULO 1

EL HOMBRE DE LA PLAYA

Cecilia Gaathe jamás había visto a una persona muerta. Hasta este momento.

No dejaron que viese a su madre cuando murió el año pasado. Fue el Viejo Tim el que la encontró entre las rocas de la playa junto a Punta de las Anguilas. Ella le había escuchado contar a los demás en la pensión que no había sido un espectáculo bonito. Que estaba cubierta de anguilas.

El hombre que ahora yacía ante ella se encontraba boca abajo con la cabeza enterrada en la arena. Estaba enredado en sargazo y hierba marina. Sus pies permanecían en el agua, como si hubiese emergido del mar arrastrándose y se hubiese desplomado sobre la playa.

Aquella visión hacía que sintiera los latidos del corazón en la garganta y le causaba dificultades para respirar.

Su cuerpo comenzó a temblar, como si alguien la estuviese zarandeando. Lo podía percibir tanto en los brazos como en las piernas, incluso en la boca.

Retrocedió algunos pasos, cerró los ojos y giró la cara.

—¿Está muerto? —preguntó alguien detrás de ella.

Ella se dio la vuelta. Había un chico. Tenía la piel bronceada, llevaba un par de auriculares en una mano y hacía visera con la otra para protegerse de la intensa luz matutina. No podía verle bien los ojos, pero era algo más alto que ella, y tendría unos trece años.

Cecilia tragó saliva y tomó aliento.

—¿A ti qué te parece? —preguntó.

La voz le flaqueó, y las palabras no salieron con tanta valentía como había pretendido.

El muchacho avanzó unos pasos y permaneció junto a ella. Ladeó la cabeza haciendo que Cecilia se girase de nuevo hacia el hombre muerto. Yacía con los brazos extendidos junto a los costados. Una de las mangas de su chaqueta se había escurrido hacia arriba y dejaba al descubierto el tatuaje de un lagarto.

—Lo siento —dijo el chico, enrollando el cable de los auriculares—. Ha sido una pregunta estúpida.

Sacó un iPhone del bolsillo del pantalón corto.

—¿Has avisado a alguien? —preguntó.

Cecilia negó con la cabeza.

En vez de llamar a alguien, el muchacho alzó el teléfono para tomar una foto. Después se acercó un poco más y sacó otra.

—¿No vas a...? —comenzó a decir Cecilia.

—Sí, sí —respondió el chico, y empezó a teclear en el teléfono.

—¿A quién estás llamando?

—A mi madre —explicó mientras buscaba un número—. Es la gerente de la pensión —añadió moviendo la cabeza hacia tierra firme.

Cecilia comprendió de repente quién era aquel chico extraño, y apretó con fuerza los labios. Su madre era la que había ocupado el puesto de gerente. Después de que falleciese el año pasado, su padre había intentado gestionar la pensión por su cuenta. Había funcionado durante el otoño y el invierno, cuando no había tantos huéspedes, pero antes del verano se había visto en la obligación de contratar a alguien para encargarse de todo lo que su madre habría hecho normalmente.

El chico se llamaba Leo. Su madre se llamaba Rebekka. Leo y Rebekka Bast. Iban a llegar hoy y a instalarse en la zona privada de la pensión.

Cecilia oyó como Leo informaba por teléfono del hom-

bre muerto. Su voz sonaba totalmente firme y tranquila. Luego colgó sin decir nada más.

Las olas rodaban con calma hacia la blanca playa, y volvían a alejarse lentamente. Tiraron de la pernera de aquel hombre que permanecía completamente inmóvil.

Cecilia intentó evitar mirarlo. Dejó que su mirada recorriese las rocas peladas que se extendían, redondeadas y pulidas, a ambos lados de la bahía. Algunas gaviotas los sobrevolaban formando amplios y perezosos círculos. A lo lejos, un barco pesquero regresaba a puerto. Durante la tarde y la noche había habido un temporal, pero ahora el mar lucía tan en calma que los acantilados y los bloques montañosos junto al faro se reflejaban en el agua.

En realidad, ella había decidido no dirigir la palabra al nuevo chico ni a su madre que venían a encargarse de la pensión. El hombre muerto lo había cambiado todo.

—¿Qué crees que ha ocurrido? —preguntó ella.

Leo se encogió de hombros. Su flequillo oscuro e ingobernable oscilaba de un lado a otro.

—Debe haberse ahogado —declaró—. Otras personas se han ahogado por aquí antes.

Cecilia no respondió. Sabía demasiado bien que tenía razón.

—Pero ¿cómo acabó aquí? —se apresuró a preguntar

antes de que Leo añadiese nada más—. ¿Quién es? ¿De dónde viene?

Leo clavó sus ojos en ella. Los tenía claros y verdes, pudo ver ahora. Con algo de marrón que irradiaba en forma de finos hilos de las pequeñas pupilas.

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó.

El padre de Cecilia fue el primero en bajar a la playa. Había estado corriendo, y respiraba pesadamente. Su tupida melena gris le caía sobre la frente. Se pasó los dedos por el pelo y se enderezó las gafas. La placa con su nombre que llevaba en el pecho estaba torcida. Alan W. Gaathe, director.

Tras él venía una mujer con una falda hasta las rodillas, un jersey ajustado y el cabello rubio corto. Los altos tacones de sus zapatos habían hecho que no llegase tan deprisa.

El padre permaneció inmóvil frotándose la nuca. La madre de Leo se colocó frente a ellos para contemplar el cadáver unos instantes antes de girarse hacia los demás.

—Debéis marcharos de aquí —dijo mientras extendía los brazos a los lados para dificultar que viesan más allá de ella.

El padre de Cecilia estaba de acuerdo.

—Ve a buscar una sábana grande al cuarto de la ropa blanca —le dijo a Cecilia—. Después podéis sentaros allí —sugirió mientras señalaba el terraplén más arriba de la playa.

—Fui yo quien lo encontró —protestó Cecilia.

Su padre la rodeó con el brazo.

—Lo sé —dijo—. Pero no podemos dejarlo así.

Cecilia asintió y echó a correr.

Media hora más tarde la playa estaba repleta de gente. El terraplén a donde los había enviado el padre les proporcionaba unas buenas vistas. El sol refulgía en el agua, y Cecilia tenía que entornar los ojos para que no la cegase.

Un coche de policía había accedido hasta el final de la pradera verde que conducía a la playa de arena, y dos policías uniformados permanecían cada uno a un lado de la sábana blanca que Cecilia había ido a buscar. Uno de ellos conversaba con un periodista que llevaba una cámara colgada al hombro. Varios de los huéspedes del hotel se habían acercado y estaban reunidos en pequeños grupos. El jefe de mantenimiento y su mujer también habían acudido, así como Edgar, el cocinero. Christian Lasson, que vivía en la Casa de la Playa, se había presentado con su túnica de pintor llena de manchas. El Viejo Tim se

mantenía algo apartado, apoyándose en el bastón con ambas manos mientras contemplaba lo que ocurría.

Cecilia se levantó. Une y su padre venían caminando por la playa y se acercaron a los demás. Une sujetaba férreamente la correa de Egon. El perro soltó un par de breves ladridos, lo que hizo que todo el mundo se girase.

—¿Adónde vas? —preguntó Leo a Cecilia.

—Voy a bajar a donde Une.

Leo se incorporó y fue tras ella.

Une tenía doce años. Tenía pecas y el cabello castaño rizado, y un hermano menor y otro mayor. Habían vivido toda la vida en la Bahía de los Veleros. Su casa se encontraba más allá del rompeolas, en el lado este de la bahía.

El padre de Une era pescador. Se llamaba Widar y llevaba un resistente chubasquero, un jersey de cuello alto, pantalón impermeable y unas enormes botas de goma.

—El barco naufragado se encuentra en la parte exterior del Islote de Piedra —dijo a los que se habían reunido ahí, señalando hacia la pequeña isla más allá de la bahía—. Podría haber sobrevivido si hubiese llevado un chaleco salvavidas. Se encuentra allí, junto a los restos del naufragio.

Uno de los policías se acercó a él.

—Debe haber encallado a causa de la oscuridad y el

temporal de esta noche —continuó el padre de Une—. Sabe Dios qué pretendía hacer.

Cecilia dirigió la mirada hacia el Islote de Piedra. Un accidente, pensó. Había sido un accidente. Sin embargo, había algo que no le cuadraba. Las huellas de pisadas. Ahora habían sido pisoteadas por todos los curiosos, pero habían estado ahí. Huellas en la arena de alguien que había estado junto al hombre muerto antes que ella.

CAPÍTULO 2

HUELLAS EN LA ARENA

La Perla era un nombre adecuado para la vieja pensión. El edificio principal, pintado de blanco, descansaba sobre un alto sótano de cemento y se alzaba en dos plantas completas con varias galerías acristaladas, balcones, buhardillas y una torre cuadrada. Cecilia todavía se perdía en los muchos pasillos.

El viejo edificio se ubicaba a setenta metros de la playa, con vistas ininterrumpidas hasta el horizonte, y estaba rodeado de altos robles.

Detrás de él había viejos campos de cultivo, graneros y un abetal. Junto a la pensión se habían apilado piedras cubiertas de musgo, recogidas del terreno, formando un muro bajo que separaba un viejo pomar con tréboles blancos y adelfillas moradas de un amplio prado. Más allá, al este, se elevaban cerros boscosos contra la redonda

formación montañosa que recordaba un pan de azúcar.

El lugar había sido un viejo balneario. Un siglo antes los huéspedes llegaban en barcos de vapor al puerto de aguas profundas o en ferrocarril a la ciudad y desde allí se desplazaban a caballo y en carro. En las casetas junto a la orilla podían recibir tratamientos para sus cuerpos agarrotados en inmensas bañeras con barro húmedo y relajarse en baños de agujas de pino. Por la noche, los artistas y músicos de la capital ofrecían entretenimiento en el salón o la sala de baile.

Fue el tatarabuelo de Cecilia el que construyó el lugar. Durante la guerra, la propiedad fue confiscada por los alemanes, que la convirtieron en alojamiento de oficiales. Después hubo varios propietarios hasta que la madre y el padre de Cecilia lo habían comprado de nuevo hacía seis años. Habían dedicado mucho tiempo a renovar el edificio para poder empezar a alquilar las habitaciones, pero todavía quedaban andamios y botes de pintura medio vacíos en varios sitios.

La Perla era un destino, solía decir la madre de Cecilia. Y era cierto, pues solamente había un camino que llevara hasta ella. Resultaba imposible seguir conduciendo o pasar por delante en dirección a otra parte.

La carretera serpenteaba junto a granjas con picaderos

y negros campos arados, giraba hacia el puerto de aguas profundas donde vivía Une, en la vieja casa pintada de blanco del práctico del puerto, y recorría la playa antes de finalizar en el aparcamiento delante de la pensión. Los que tenían llave para la barrera podían seguir el camino de grava hacia el faro de Punta de las Anguilas o continuar hacia la Laguna del Molino.

Delante de la pensión, una amplia escalera de madera conducía hasta un porche con mecedoras, mesitas y un gran columpio de madera sujeto a las vigas.

Cecilia subió la escalera primero. La seguían Leo y Une, que llevaba a Egon atado a la correa.

Junto a la doble puerta principal había una jaula ovalada con un colorido papagayo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Leo.

—Arturo —respondió Cecilia.

—¿Es tuyo?

—No, lleva el nombre de su propietario. Simplemente se marchó sin él.

—¿Se marchó sin él?

—Hace más de veinte años —explicó Une, y ató la correa del perro a uno de los pilares del porche.

—¿Tiene más de veinte años?

Une asintió.

—Pueden vivir más de cien años.

Leo recogió una pluma azul del suelo del porche y la introdujo entre los barrotes de la jaula. El papagayo tiró de ella.

—¿Por qué se marchó sin él, el propietario?

Cecilia se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

—¿Sabe hablar?

—Un poco.

Cecilia se acercó a la jaula y emitió algunos silbiditos. El papagayo ladeó la cabeza.

—*¿Estás ahí sentaaado?* —le salió del pico—. *Arturo. Arturo. ¿Estás ahí sentaaado?*

Todos se echaron a reír.

Unos grandes ventanales proporcionaban luz y aire a la recepción. El padre de Cecilia estaba con la madre de Leo tras el mostrador.

—¿Va todo bien, Cecilia? —preguntó su padre alzando la vista de los papeles.

—Sí. Subiremos un rato a la torre.

La torre era el refugio de Cecilia. También tenía su propia habitación en la zona privada donde vivían ella y su padre, pero era pequeña y realmente había espacio

para poco más que la cama. En la estancia cuadrada de la torre tenía todas sus cosas, y era ahí donde solía pasar las mañanas o las tardes. La escalera que iba desde la biblioteca era estrecha y angosta, y la normativa contra incendios hacía que no se permitiese alojar ahí a ningún huésped. Cecilia la había decorado a su gusto, y era una regla no escrita que su padre jamás subía allí.

La estancia de la torre tenía ventanas hacia todos los puntos cardinales. Se colocaron delante de la que estaba orientada hacia el sur. Todas las personas que se habían reunido alrededor del hombre muerto de la playa habían desaparecido, y la marea había comenzado a subir y borraría todas las huellas.

—Siento lo que dije —dijo Leo.

Cecilia se giró hacia él.

—¿El qué?

—Lo de que se había ahogado gente aquí antes —dijo Leo—. No sabía que era tu madre la que se ahogó el año pasado.

—No pasa nada —le aseguró Cecilia—. Yo tampoco sabía que era tu madre la que iba a empezar a trabajar aquí.

—¿Qué fue lo que le pasó?

Fue Une quien respondió:

—No lo sabemos —dijo, y señaló una pared con recor-

tes de prensa—. Simplemente desapareció una noche. Pasó una semana antes de que la encontrasen.

Leo se acercó a la pared.

—¿Es ella? —preguntó señalando un recorte con la fotografía de una mujer que sonreía mostrando unos dientes muy blancos. Tenía los ojos azul claro y la melena rubia le caía sobre los hombros en rizos sueltos—. Es guapa —comentó cuando Une asintió.

Cecilia se sonrojó. Todos decían que se parecía a su madre. No solo en lo referente al aspecto físico. Tocaba el piano como ella, y los dibujos de la pared que parecían pequeñas obras de arte los había hecho ella.

—«Misteriosa desaparición» —leyó Leo en voz alta.

El artículo llevaba la fecha del 30 de julio del año anterior.

Se ha denunciado la desaparición de uno de los encargados de la pensión La Perla en la Bahía de los Veleros tras un festival de verano junto al hotel costero el miércoles por la noche. Una operación de búsqueda tuvo lugar el jueves por la mañana. Iselin Gaathe, de 34 años, fue vista por última vez justo después de la medianoche. Los empleados y los huéspedes habían buscado a la popular gerente de la pensión durante varias horas antes de avisar a la policía.

La mirada de Leo Bast se deslizó sobre el siguiente recorte de prensa, que llevaba el titular: «Desaparecida sin rastro». El texto no contenía información más allá de que la policía carecía de pistas sobre Iselin Gaathe. El último recorte mostraba la imagen de cuatro hombres levantando una camilla de las rocas de la playa. La camilla estaba cubierta con una gruesa manta, pero podía apreciarse que había una persona sobre ella. Parte de un vestido rojo colgaba de un lado de la camilla e iba rozando las rocas. El reportaje del periódico contaba que la desaparecida Iselin Gaathe había sido hallada en el agua por un hombre que paseaba por allí. La policía consideraba el suceso un caso de ahogamiento accidental.

—Lo único que sabemos es que no sabemos qué ocurrió —dijo Une.

Cecilia quería hablar de otra cosa.

—¿Puedo ver las fotos que has tomado? —preguntó.

—¿Qué fotos? —preguntó Leo.

—Las que tomaste con el móvil. Del hombre muerto.

Leo sacó el teléfono. Tenía una pantalla grande. Une se inclinó para ver entre ellos.

—Me pregunto quién será —comentó cuando Leo abrió una fotografía.

Cecilia tomó aliento y contuvo la respiración. Las hue-

llas de pisadas estaban ahí. La foto había sido tomada antes de que llegase toda la gente, pero apenas resultaban visibles a causa del tamaño de la pantalla.

—¿Puedes ampliarla? —preguntó.

Leo deslizó dos dedos sobre la pantalla y aumentó un fragmento de la imagen al doble de tamaño.

—Puedo ampliarla aún más en el ordenador —dijo.

—No hace falta —dijo Cecilia.

En la imagen podían verse con claridad, sobre la arena, unas huellas que recorrían la orilla hasta el cadáver antes de detenerse y dibujar un arco alrededor del hombre muerto.

—Alguien estuvo allí antes que yo —dijo Cecilia—. Alguien que no dio el aviso, sino que siguió caminando.

—Qué extraño —comentó Une—. Me pregunto quién puede haber sido.

Leo revisó las otras fotografías.

—Quizá fuese él —dijo señalando una silueta oscura en una de las rocas peladas de la fotografía. Lucía pequeña en comparación con las personas que había en la playa, pero podía apreciarse que estaba mirando a través de unos prismáticos.